

La juventud del comisario Gorgonio

El personaje de Alejandro M. Gallo vuelve con **La muerte abrió la leyenda**, el relato de su primer destino

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Todo escritor de novela negra o policiaca o de "habitación cerrada" o gore o de intriga o de aeropuerto o como se quiera llamar cuando hay muertos y policía de por medio suele crear un personaje estrella para sus ficciones. En el caso de Alejandro M. Gallo (1962, asturiano de adopción), dos personajes protagonistas de dos series. Por una parte, un héroe clásico y trágico, con más de diez años de antigüedad en librerías: Trinidad Ramallo da Costa. Por otra, Gorgonio Llameza, "un dinosaurio que ya no comprende ni quiere comprender el mundo en el que vivimos". Especialista en los de calado político o de memoria histórica el primero; cohón y descarado y descencantadísimo el segundo, rondando la jubilación. Este año, le toca el turno editorial a Gorgonio, tras Oración sangrienta en Vallekas, un caso del "Tini", y Morir bajo dos banderas, el fresco de los soldados de la II República española ("Los soldados de la libertad" los llama Gallo) que lucharon contra el fascismo en otros frentes tras la Guerra Civil española.

La muerte abrió la leyenda es un precuela gorgoniana. Cuenta

el primer destino, en la primavera de 1972, de Gorgonio ("por mi abuelo materno") como subinspector de segunda en la Brigada de Investigación Criminal de Castellón. Ahí llega, a una comisaría donde campá por sus faltas de respeto la Brigada Político Social (o "la puta social", como le dicen). Nuestro héroe apunta ya maneras, como le dirá un compañero: "Llevas tres días en Castellón y ya has conseguido cabrear al jefe, escribir una novela de conspiraciones internacionales, pillar una borrachera de espanto, enamorar a la hija de la patrona y granjearle la enemistad de los prebostes de la Cámara de Comercio. Estamos todos expectantes ante tu próxima actuación. Eres todo un fenómeno, chaval". Es así porque el primer caso que le encomiendan parece un metro trámite: un ingeniero chileno muere en un accidente de tráfico cerca de Valencia. Sería llegar, echar un vistazo, hacer el papeleo y archivar ese no-caso. Pero Gorgonio se complica la vida muy a gusto al descubrir que el muerto contaba con otra identidad también: Amado Granell, un luchador republicano. Si hay caso, a pesar de las muchas fuerzas que se oponen a remover el asunto: "Un héroe de dos guerras, que había lucha-

do durante nueve años contra fascistas y nazis, que había desembarcado en Normandía, que había conducido su columna blindada contra las líneas de la todopoderosa Wehrmacht en París y las había resquebrajado, que llegó el primero al ayuntamiento de la Ciudad de la Luz, que abrió en los Campos Elíseos el desfile de la victoria, que lideró en el exilio los contactos entre monárquicos y republicanos para expulsar a



La muerte abrió la leyenda

ALEJANDRO M. GALLO
Ed. Reino de Cordelia, 2016
246 páginas, 19,50 euros
Premio "Castellón Letras del Mediterráneo"

Franco, que llevaba veinte años clandestino en territorio nacional con pasaporte falsificado fue a encontrar en una carretera secundaria de la Ribera Baja". El modo que Gallo elige para contar su historia tiene su gracia para agarrar al público. Comienza con una entrevista que concede un Gorgonio ya mayor a una radio marginal de Valdecas, por mandato de la superioridad para "vender imagen". Se aplica a comer embutidos y queso, a traegar vino rico, mientras esos jóvenes posmodernos de ahora mismo le tiran de la lengua para que les cuente algún caso sin resolver del todo. Y Gorgonio recuerda los sucesos de Castellón, su primer trabajo como policía a su pesar, ya que iba para maestro de taller mecánico pero se equivocó de sala de oposición. A partir de ahí, Gallo mezcla la investigación del caso con fuertes dosis de costumbrismo: el joven estudiantante autoestopista, la pensión que lo aloja y que esconde una célula clandestina, los compañeros policías, los franceses que lo ayudan, las torturas de la Social, la ciudad de la época, las costumbres de cortejo en los 70 provincianos, comidas y bebidas... Incluso del ambiente literario. El joven que lo acompaña lo introduce en Max Aub: "A los escritores que encuentra en esta época les dedica un apartado. A Barral lo considera el nuevo pope de los libros. A Benetlo cita como un nombre que suena...". Y acabará siendo Max Aub quien, finalizada la entrevista y la novela, resume la función del escritor: "Gritar mi protesta, romper el silencio, pregonar la justicia, sacudir la indolencia". Y es que, para entonces, Gorgonio ya se ha hecho mayor.



TINTA FRESCA

La única aventura

Una brillante colección de relatos resuelta con maestría por **Oscar Esquivias**

TINO PERTIERRA

Oscar Esquivias siempre ha tenido la sensación de que podría arraigar en cualquier sitio. Y es que "apenas hay lugar que visite en el que no sienta que allí podría estar mi casa". De ahí que la vieja maldición bíblica al desdichado Cain que anda en el título de su libro de 14 relatos **Andarás perdido por el mundo** (Génesis, 4, 12) nunca le ha parecido "tan terrible". De hecho, cuando era niño "tenía unas ansias infinitas de peirme por el mundo, y como tantos otros ni-

ños, lo hacía a menudo con mi imaginación y la ayuda de un vetusto atlas que había pertenecido a un tío mío y que contenía unas fronteras anacrónicas que, justamente por eso, me fascinaban".

Esquivias (Burgos, 1972) encuentra en la memoria un viaje sin fin por paisajes donde nunca habital el olvido: "Qué grandes exploraciones se han hecho con el dedo de un niño sobre el dibujo de un río africano y cuántas vocaciones literarias debemos a los cartógrafos! Uno de mis poemas favoritos es Estam-



Andarás perdido por el mundo

ÓSCAR ESQUIVIAS
Ediciones del Viento, 248 páginas, 18,50 euros

pas de ultramar de Anibal Núñez, cuyos versos nacieron de este mismo espíritu infantil. Anibal Núñez nunca navegó por los mares del Sur, ni estuvo en el Cáucaso, pero compuso unos poemas aventureros para acompañar a unos grabados antiguos y formó así un libro maravilloso". Un recuerdo que viene muy a cuento: el autor se perdió siendo muy niño (sususto, miedo) y se sintió como un príncipe de cuento que entra en un bosque y "lo que hasta entonces parecía un lugar seguro se vuelve un paisaje amenazante, lleno de sombras y ruido". Cuando su madre le encontró hubo alivio y decepción: "volvía a estar en un lugar corriente y domesticado". Volvamos al presente. Volvemos a la prosa. Hay muchos paisajes (Gamonal, Florencia, Madrid, Oña, Dakar, Mtsensk, Moscú, Londres, Santa Mónica, París...) pero una única aventura, "quizá la más universal: la aventura del autoconocimiento, la de la aceptación de la persona que seamos (y no la que otros quieren que seamos o la que nosotros mismos a veces fingimos ser). Bien mirado, es también la aventura de probar la fruta del árbol del bien y del

mal, que conllevó la primera decepción de un padre".

Le gustaría pensar que, "modestamente, mi libro es un testimonio de la debilidad pero también de la grandeza humana, y que su lectura complacería a mis escritores favoritos, algunos de los cuales he tenido muy presentes cuando escribía estos cuentos (Leskov, Nabokov, Dickens, Céline, Rilke, Gloria Fuentes...)" Buena compañía. Sin duda. Buenas dudas. Y luego "está la música, claro. Primero la música de nuestro idioma". Busco que suene natural, "sin afectación ninguna, con toda la belleza que aprecio en los clásicos de nuestra literatura. Luego, la música sin más, que para mí ha sido desde siempre tan importante. En mis líneas suenan obras de Berlioz, Dutilleux, Borodin, Ravel o Granados. A veces pienso en mi libro como si fuera un ciclo de canciones, igual que los de Schubert, Schumann o Hugo Wolf. Ojalá mis lectores escucharan sus melodías como las oigo yo y pudieran también cantarlas".

Se escuchan, vaya si se escuchan. Alto y claro.